

No podemos servir a Dios y a la riqueza

87. Otro punto vital en el humanismo cristiano es la adecuada relación de las personas con los bienes y, en particular, con el dinero. La forma como Jesús se relacionó con ellos nos entrega preciosos elementos para nuestra propia consideración acerca de las riquezas. En efecto, Jesús opone radicalmente el servicio a Dios con la búsqueda exorbitada del dinero: “no pueden servir a dos señores: no pueden servir a Dios y al dinero” (Mt 6, 24). Ciertamente no se trata del dinero obtenido por el trabajo honesto, necesario para aspirar a una casa digna, a la educación de los hijos, a la recreación, a la adquisición de un vehículo, a la asistencia de salud, a pensiones justas y dignas para los jubilados, a los remedios para los ancianos y para la atención a personas con enfermedades crónicas.

88. La oposición radical del servicio a Dios se refiere al dinero convertido en ídolo que llega a despersonalizar en su más esencial dignidad a las personas y afecta gravemente la vida social de las naciones. Por el ídolo del dinero se realizan los asaltos y “portonazos”; por dinero existe el tráfico de drogas; por dinero existe la especulación financiera y los escándalos de colusiones de grandes empresas; por dinero ha entrado la corrupción también en el deporte y en el fútbol; por dinero están acusadas autoridades políticas de nuestro país y de otras latitudes.

89. Cómo quisiéramos volver a aquellas costumbres de probidad y sobriedad que aprendimos de nuestros mayores, que eran el reflejo en su vida de las enseñanzas de san Pablo, que en su tiempo advertía que “el amor al dinero es la raíz de todos los males, y algunos, arrastrados por él, se han apartado de la fe y se han acarreado muchos sufrimientos” (1 Tm 6, 8-9). La vida cristiana no es compatible con la avaricia ni tampoco con el deseo de una apropiación inmoderada de los bienes terrenos. La Iglesia considera desordenado el deseo “nacido de la pasión inmoderada de las riquezas y de su poder” y “prohíbe también el deseo de cometer una injusticia mediante la cual se dañaría al prójimo en sus bienes temporales”.¹

90. Con todo, Jesús nos muestra el camino para superar esa tentación que puede ser tremendamente destructiva. Nosotros somos simples “administradores” de la riqueza de Dios. Por eso, el que no administra con inteligencia los bienes que se le regalan, pierde lo que tiene porque, así como Dios tiene que velar por el bien personal, debe velar por el bien universal en que todos los bienes tienen su lugar.

91. Sólo Dios es el Señor. El poder no es Dios. La riqueza no es Dios. El dinero no es Dios y por eso repugna que muchas relaciones actuales se basen en la búsqueda de la riqueza como un ídolo. Es un ídolo que sólo aparentemente da vida, pero quienes le rinden culto terminan destruyendo sus personas y sus amores más profundos.

92. Insistimos, el dinero de cada día, como el pan y el trabajo honestos, tiene otro sentido. Más humilde y necesario. Es como la mujer de la parábola de Jesús que hace fiesta porque encontró el dinero perdido para el sustento del día. De esa bendición

¹ Catecismo de la Iglesia Católica, 1997, n.º 2536.

viven y han vividos todas las familias honestas, como el hogar de María, de José y de Jesús. Un dinero bien adquirido y bien invertido que nos llena de orgullo y que debe hacer de Chile un hogar para todos.

PARA NUESTRA REFLEXIÓN

- 1. ¿Cuánto “manda” el dinero en el contexto en el que nos desenvolvemos?*
- 2. ¿Qué actitudes nos ayudan a evitar la avaricia y la ambición, y a cultivar la humildad, la transparencia y la austeridad?*